

GRANDES FIRMAS PARA EL **AVANCE**

Obsequio para los lectores de AVANCE
Número 6 | Enero de 2026

DE LA LIBERTAD



MARÍA CORINA MACHADO

**Discurso de aceptación del
Premio Nobel de la Paz**

(Oslo, 10 de diciembre de 2025)



GRANDES FIRMAS PARA EL
AVANCE DE LA LIBERTAD

Obsequio para los lectores
de la revista AVANCE

Periodicidad irregular
Número 6, enero de 2026

Consejo Editorial de la revista AVANCE

Roxana Nicula (Presidenta)
Luis I. Gómez, Eric Herrera,
Antonella Marty, Artur Nadal,
Ignacio Rico

Director: Juan Pina
Subdirector: Federico López



Sede: Gran Vía, 6, cuarta planta,
E-28013 Madrid (España)
www.fundalib.org | avance@fundalib.org

ISSN: 2792-2146. Dép. Legal TO 126-2021

La publicación de los contenidos firmados
no implica que la revista o la Fundación
coincidan con lo expresado.

Imágenes de archivo.

Esta revista cuenta con el apoyo econó-
mico de la Atlas Network, red mundial de
think tanks pro libertad. Más información
en www.atlasnetwork.org



Quién es María Corina Machado

María Corina Machado (Caracas, 1967) es una inge-
niera industrial y dirigente política venezolana, una
de las principales figuras de la oposición al chavis-
mo. Graduada en la Universidad Católica Andrés Bello, inició
su activismo cívico en la sociedad civil y ganó proyección in-
ternacional como cofundadora de una organización dedicada
a la defensa del voto y la observación electoral. Fue diputada
a la Asamblea Nacional entre 2011 y 2014, etapa en la que
destacó por su denuncia sistemática de la deriva autoritaria,
la corrupción y la violación de derechos humanos en Vene-
zuela. Abiertamente liberal en lo económico y firme defen-
sora del Estado de derecho, ha sido inhabilitada en varias
ocasiones por el régimen de Nicolás Maduro. Se consolidó
como líder de la oposición democrática y ganó las primarias
presidenciales de 2023 con un apoyo masivo, convirtiéndose
en símbolo de resistencia cívica y de la lucha por una tran-
sición democrática en Venezuela. Machado fue galardonada
con el premio Nobel de la Paz en 2025.

DESENCADENA LA LIBERTAD, SUSCRÍBETE A AVANCE

Recibe la revista y el cuaderno en tu
domicilio. Cargo mensual reducido.



Sólo tienes que ir a la pasarela de cobros de la Fundación y
escoger la modalidad mensual para una donación de al menos
seis euros (o, si lo prefieres, la anual para al menos sesen-
ta). La publicación sale once veces al año (julio y agosto en
un solo número). Una vez establecida tu donación, escribe
a avance@fundalib.org con tu nombre, apellidos y dirección
postal completa. Captura este código QR con tu móvil o ve a:

<https://frapp.co/ngos/fundalib/contributions/new>

Discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz*

MARÍA CORINA MACHADO

*Leído por su hija Ana Corina Sosa Machado
en Oslo el 10 de diciembre de 2025*

Majestades, Altezas Reales, dis-
tinguidos miembros del Comi-
té Nobel, ciudadanos del mun-
do, mis queridos venezolanos:

He venido a contarles una historia, la his-
toria de un pueblo y su larga marcha hacia la
libertad. Esa marcha me trae hoy aquí, como
una voz entre millones de venezolanos que
se han levantado una vez más para reclamar
el destino que siempre les ha pertenecido.
Venezuela nació de la audacia, moldeada por
una fusión de pueblos y culturas. De España
heredamos una lengua, una fe y una cultura
que se hermanaron con nuestras raíces an-
cestrales indígenas y africanas. En 1811 es-
cribimos la primera constitución del mundo
hispano, una de las primeras constituciones

republicanas de la Tierra. Allí afirmamos una
idea radical: que cada ser humano posee una
dignidad soberana. Esa constitución consagró
la ciudadanía, los derechos individuales, la li-
bertad religiosa y la separación de poderes.
Nuestros antepasados cargaron la libertad
sobre sus hombros. Cruzaron un continente
entero, desde las orillas del Orinoco hasta las
alturas del Potosí, convencidos de que la liber-
tad nunca está completa si no es compartida.
Desde el principio creímos en algo tan simple
como inmenso: que todos los seres humanos
nacen para ser libres. Esa convicción se convir-
tió en el alma de nuestra nación. En el siglo XX
nuestra tierra floreció. En 1922, durante nue-
ve días, se produjo el Reventón de La Rosa, en
Cabimas, Estado Zulia, y de allí manaron el pe-
tróleo y grandes posibilidades. En tiempos de

** El discurso que tenía previsto pronunciar la premiada fue leído por su hija Ana Corina Sosa Machado en la ceremo-
nia de entrega del premio. La premiada no pudo llegar a tiempo tras salir clandestinamente de Venezuela, sino unas
horas después. Su hija la representó en el acto y compartió unas breves reflexiones propias antes de leer el presente
discurso en nombre de la galardonada.*

"En 1811 los venezolanos escribimos la primera constitución del mundo hispano y una de las primeras republicanas de la Tierra".

paz, convertimos esa riqueza repentina en un motor de conocimiento y de imaginación. Con el ingenio de nuestros científicos erradicamos enfermedades, fundamos universidades de prestigio mundial, museos y salas de conciertos, y enviamos miles de jóvenes venezolanos a estudiar en el exterior, confiando en que sus mentes libres regresarían a transformar el país. Nuestras ciudades se llenaron con el arte cinético de Soto y de Cruz-Diez. Forjamos acero, aluminio e hidroelectricidad, demostrando que Venezuela era capaz de construir todo lo que se atreviera a soñar. También fuimos refugio. Abrimos los brazos a migrantes y exiliados de todos los rincones del mundo: españoles que huían de la guerra civil, italianos y portugueses escapando de la pobreza y las dictaduras, judíos que dejaban atrás el Holocausto, chilenos, argentinos y uruguayos que huían de los regímenes militares, cubanos que repudiaban el comunismo y familias enteras de Colombia, Líbano y Siria que buscaban la

paz. Les dimos hogar, escuela y seguridad, y todos ellos se hicieron venezolanos.

Esta es Venezuela. Construimos una democracia que se convirtió en la más estable de América Latina, desatando toda la fuerza creadora de la libertad. Pero incluso la democracia más fuerte se debilita cuando sus ciudadanos olvidan que la libertad no es algo que debamos esperar, sino algo a lo que debemos dar vida. Es una decisión personal, consciente, cuya práctica cotidiana moldea una ética ciudadana que debe renovarse cada día. La concentración total de la renta petrolera en manos del Estado generó incentivos perversos y le dio al poder gubernamental un control inmenso sobre la sociedad, que terminó traduciéndose en privilegios, clientelismo y corrupción.

Yo tuve la fortuna de crecer junto a un padre que dedicó su vida a construir, a crear y a servir. De él aprendí que amar a Venezuela significa asumir la responsabilidad de su destino; sin embargo, como sociedad no supimos hacerlo a tiempo. Cuando comprendimos cuán frágiles se habían vuelto nuestras instituciones, ya era tarde. El cabecilla de un golpe militar contra la democracia fue elegido presidente, y muchos pensaron que el carisma podía sustituir el Estado de Derecho. Desde 1999, el régimen se dedica a dismantelar nuestra democracia: violó la Constitución, falsificó nuestra historia, corrompió a las Fuerzas Armadas, purgó a los jueces independientes, censuró a la prensa, manipuló las elecciones, persiguió la disidencia y devastó nuestra bio-

diversidad. La riqueza petrolera no se usó para liberar, sino para someter. Se repartieron lavadoras y neveras en televisión nacional a familias que vivían sobre pisos de tierra, no como símbolo de progreso, sino como espectáculo. Apartamentos destinados a la vivienda social se entregaban a unos pocos como recompensa condicionada a la obediencia.

Y entonces llegó la ruina: una corrupción obscena, un saqueo histórico. Durante los años del régimen, Venezuela recibió más ingresos petroleros que en todo el siglo anterior. Nos lo arrebataron todo. El dinero del petróleo se convirtió en un arma para comprar lealtades en el exterior, mientras el Estado se fusionaba con el crimen organizado y con grupos terroristas internacionales. La economía colapsó más de un ochenta por ciento, la pobreza superó el ochenta y seis por ciento, y nueve millones de venezolanos se vieron obligados a huir. No son solo cifras; son heridas abiertas. Pero más profundo y corrosivo que la destrucción material fue el método calculado para quebrarnos por dentro. El régimen se propuso dividirnos: por nuestras ideas, por raza, por origen, por la forma de vida. Quisieron que los venezolanos desconfiáramos unos de otros, que nos calláramos, que nos viéramos como enemigos. Nos asfixiaron, nos encarcelaron, nos mataron, nos empujaron al exilio.

Han sido casi tres décadas de lucha contra una dictadura brutal, y lo hemos intentado todo: diálogos traicionados, protestas multitudinarias reprimidas, elecciones manipula-

das. La esperanza se derrumbó, y con ella se fue apagando la fe en que algo pudiera cambiar. La posibilidad de un cambio se volvió una ingenuidad o una locura. Y, sin embargo, desde lo más hondo de ese abismo, un paso que parecía pequeño, casi burocrático, desató una fuerza que cambió el rumbo de nuestra historia. Decidimos, contra todo pronóstico, realizar una elección primaria, un acto de rebelión improbable. Decidimos confiar en la gente. Para reencontrarnos, recorrimos el país por carretera y por caminos de tierra, en una Venezuela sin gasolina, con apagones diarios y con las comunicaciones colapsadas. Sin recursos, sin publicidad y sin medios de comunicación dispuestos a mencionar nuestros nombres, avanzamos armados únicamente de convicción. El boca a boca se convirtió en nuestra red de esperanza y se extendió más rápido que cualquier campaña, porque el deseo de libertad seguía vivo dentro de nosotros. La migración forzada, que buscaba

"Venezuela construyó una democracia que se convirtió en la más estable de toda América Latina".

"El cabecilla de un golpe militar fue elegido presidente, y muchos pensaron que el carisma podía sustituir el Estado de Derecho".

fracturarnos, terminó uniéndonos en torno a un propósito sagrado: reunir a nuestras familias en nuestra tierra. Muchos abuelos me confesaron que su mayor miedo era morir sin conocer a sus nietos vivían en el exterior. Niñas, con voces demasiado tenues para tanto dolor, me pedían que trajera de vuelta a sus madres y hermanos dispersos por el mundo. Nuestro dolor se unió en un solo latido: traer a nuestros hijos de regreso a casa. Y, como si ese amor compartido abriera caminos, comenzaron a ocurrir pequeños milagros.

En mayo de 2023, durante un acto de campaña en el pueblo de Nirgua, se me acercó una maestra llamada Carmen. Me contó que había visto allí a su jefa de calle, una operadora del régimen que decide, casa por casa, a quién se le da una bolsa de comida y a quién se castiga con el hambre. Sorprendida, Carmen le preguntó: "¿Qué haces aquí?" Y la mujer le respondió: "Mi único hijo, que se fue a Perú, me pidió que viniera hoy. Me dijo que, si us-

tedes ganan, él regresará. Dime qué tengo que hacer." Ese día, el amor venció al miedo. Dos semanas después llegamos a Delicias, un pequeño caserío tomado por la guerrilla colombiana y por el narcotráfico, donde ni una gallina puede venderse sin permiso de los criminales. Ningún candidato había estado allí desde 1978. Mientras subíamos la montaña, vi banderas de Venezuela ondeando en cada una de aquellas humildes casas. Pregunté, ingenuamente, si era un día de fiesta nacional. Alguien me susurró: "No. Aquí la bandera se mantiene escondida. Sacarla es peligroso. Hoy la gente la alzó para darte las gracias por atreverte a venir. Tú te irás, pero nosotros nos quedamos, marcados." Ese día, familias enteras confrontaron a los grupos armados que dominaban sus vidas. Y cuando cantamos juntos el himno nacional, la soberanía renació en la forma de un coro frágil y desafiante. Ese día, el coraje venció a la opresión.

Nuestros encuentros se transformaron en reuniones íntimas de miles de personas, donde nos abrazábamos, llorábamos y rezábamos. Comprendimos que nuestra lucha iba mucho más allá de una elección. Era una lucha ética, por la verdad; una lucha existencial, por la vida; y una lucha espiritual, por el bien. Faltaba menos de un año para la elección presidencial, y nuestro deber era unir a todas las fuerzas democráticas y recuperar la confianza en el voto. Con las primarias lo logramos. Fue un esfuerzo cívico y autogestionado que levantó una red ciudadana en todo el país, como nunca antes en Venezuela.

Así fue como, el 22 de octubre de 2023, contra todo pronóstico, Venezuela despertó. La diáspora, que ya era un tercio de la nación, reclamó su derecho a votar. El hijo que se fue votó junto a la madre que se quedó, y las filas se extendían por cuadras mientras las papeletas de votación se agotaban. Confiamos en la gente, y la gente volvió a confiar en nosotros. Lo que comenzó como un mecanismo para legitimar liderazgos se transformó en el renacer de la confianza de un país en sí mismo. Ese día recibí un mandato, una responsabilidad que trascendía cualquier ambición personal. Entendí el profundo peso de la tarea que me había sido confiada. Pero el régimen, amenazado por esa verdad, me prohibió postularme a la presidencia. Fue un golpe duro, pero los mandatos no pertenecen a las personas, pertenecen al pueblo. Entonces salimos a buscar a quien pudiera tomar mi lugar.

Edmundo González Urrutia, un diplomático sereno y valiente, dio un paso al frente. El régimen creyó que no representaba una amenaza. Subestimaron la determinación de millones de ciudadanos, una sociedad plural, que desde la riqueza de su diversidad se unió en torno a un propósito común. Comunidades, partidos políticos, sindicatos, estudiantes y sociedad civil trabajaron juntos para que se escuchara la voz de la nación. Faltaban tres meses para el día de la elección, y pocos conocían nuestro candidato. Además, no bastaba con obtener los votos; había que defenderlos. Durante más de un año habíamos estado construyendo la infraestructura

para hacerlo: seiscientos mil voluntarios en treinta mil centros de votación, aplicaciones para escanear códigos QR, plataformas digitales y centros de llamadas desde la diáspora. Desplegamos escáneres, antenas de Starlink y computadoras escondidas en camiones de frutas para llegar a los rincones más remotos del país. La tecnología se convirtió en una herramienta para la libertad. Las sesiones de entrenamiento se hacían en secreto, al amanecer, en salones prestados por las iglesias, en sótanos y en cocinas, con materiales impresos que cruzaban el país de mano en mano, como si se tratara de una operación de contrabando. Finalmente llegó el día de la elección, el 28 de Julio 2024. Antes del amanecer ya había filas que daban la vuelta a las cuadras, y en el aire se sentía una esperanza temblorosa y contenida. Nuestro sistema de seguimiento en tiempo real mostraba una participación creciente en cada estado y en cada pueblo. Luego comenzaron a llegar las actas electo-

"Desde 1999, el régimen se dedica a desmantelar la democracia. La riqueza petrolera no se usa para liberar, sino para someter".

"El régimen subestimó la determinación de una sociedad plural que se unió en torno a un propósito común".

rales, la prueba sagrada de la voluntad del pueblo: primero por teléfono, luego por mensajes, después en fotografías, más tarde escaneadas y finalmente llevadas a pie, en moto, en mula o incluso en canoa. Llegaban desde todas partes. La verdad emergía por doquier, mientras miles de ciudadanos arriesgaban su libertad para proteger aquellas actas.

Frente a la irrupción de nuestra victoria abrumadora, el régimen emitió una orden desesperada: los soldados debían expulsar a nuestros testigos de los centros de votación e impedir que recibieran las actas originales a las que tenían derecho por ley. Pero los soldados desobedecieron. Edmundo González ganó con el sesenta y siete por ciento de los votos, en cada estado, ciudad y pueblo. Todas las actas contaban la misma historia. En cuestión de horas logramos digitalizarlas y publicarlas en una página web, para que el mundo entero pudiera verlas. La dictadura respondió aplicando el terror. Dos mil quinientas per-

sonas fueron secuestradas, desaparecidas o torturadas. Marcaron sus casas, tomaron a familias enteras como rehenes. Sacerdotes, maestros, enfermeras, estudiantes: todos perseguidos por compartir un acta electoral. Crímenes de lesa humanidad, documentados por las Naciones Unidas; terrorismo de Estado, usado para enterrar la voluntad del pueblo. A más de doscientos veinte adolescentes detenidos tras las elecciones los electrocutaron, golpearon y asfixiaron hasta forzarlos a decir la mentira que el régimen necesitaba difundir: que habían sido pagados por mí para protestar. Mujeres y adolescentes encarceladas siguen hoy sometidas a esclavitud sexual, obligadas a soportar abusos a cambio de una visita familiar, una comida o el simple derecho a bañarse.

Aun así, el pueblo venezolano no se rinde.

Durante estos dieciséis meses en la clandestinidad hemos construido nuevas redes de presión cívica y de desobediencia disciplinada, preparándonos para una transición ordenada hacia la democracia. Así llegamos hasta el día de hoy, en el que resuena el clamor de millones de venezolanos que ya sienten cercana su libertad. Este premio tiene un significado profundo: le recuerda al mundo que la democracia es esencial para la paz. Y lo más importante, el principal aprendizaje que los venezolanos podemos compartir con el mundo es la lección forjada a través de este largo y difícil camino: si queremos tener democracia, debemos estar dispuestos a luchar por la libertad. La libertad se conquista cada

día, en la medida en que estemos dispuestos a luchar por ella. Esa es la razón por la cual la causa de Venezuela trasciende nuestras fronteras. Un pueblo que elige ser libre no solo se libera a sí mismo, sino que contribuye con toda la humanidad.

Solo es posible alcanzar la libertad cuando decidimos no vivir de espaldas a nosotros mismos; cuando afrontamos la verdad, por dura que sea; cuando el amor a lo que realmente importa nos inspira el coraje necesario para perseverar y prevalecer. Solo al alcanzar esa coherencia interior, esa integridad vital, logramos estar a la altura de nuestro destino. Solo entonces llegamos a ser quienes realmente somos y podemos vivir una vida que valga la pena vivir. En esta larga y dura travesía, los venezolanos hemos ganado certezas del alma, verdades profundas que le han dado un sentido trascendente a nuestras vidas y que nos preparan para construir un gran futuro en paz. Por eso la paz es, en última instancia, un acto de amor. Y ese amor ya ha puesto en marcha nuestro futuro.

Venezuela volverá a respirar. Abriremos las puertas de las cárceles y veremos salir el sol a miles de inocentes que fueron encarcelados injustamente, abrazados al fin por quienes nunca dejaron de luchar por ellos. Veremos a las abuelas sentar a sus nietos en sus piernas para contarles historias, no de héroes lejanos, sino del valor de sus propios padres. Veremos a nuestros estudiantes debatir con pasión, sin miedo, con sus voces al fin libres. Volveremos a abrazarnos, a enamorarnos, a oír nuestras

calles llenas de risas y de música. Todas las alegrías simples que el mundo da por sentadas volverán a ser nuestras.

Mis queridos venezolanos, el mundo ha quedado maravillado por lo que hemos logrado. Y pronto presenciara una de las imágenes más conmovedoras de nuestro tiempo: el regreso de los nuestros a casa. Yo estaré allí, nuevamente, en el puente Simón Bolívar, en la frontera con Colombia, donde una vez lloré entre los miles que se iban, para recibirlos de vuelta a la vida luminosa que nos espera. Porque, al final, nuestro viaje hacia la libertad siempre ha vivido dentro de nosotros. Estamos regresando a nosotros mismos. Estamos regresando a casa. Permítanme rendir homenaje a los héroes de este camino. A nuestros presos políticos, a los perseguidos, a sus familias y a todos los que defienden los derechos humanos. A quienes nos protegieron, nos alimentaron y lo arriesgaron todo por cuidarnos. A los periodistas que se negaron

"El amor del que nace la paz nos sostuvo cuando todo parecía perdido y hoy nos une y nos guía hacia la libertad".

a callar. A los artistas que llevaron nuestra voz al mundo. A mi equipo extraordinario, a mis maestros, a mis compañeros activistas políticos y sociales. A los líderes del mundo que nos acompañaron y defendieron nuestra causa. A mis tres hijos, a mí papá adorado, a mi mamá, a mis tres hermanas y a mi valiente y querido esposo, quiénes me han sostenido durante toda mi vida. Y, sobre todo, a los mi-

llones de venezolanos anónimos que arriesgaron sus hogares, sus familias y sus vidas por amor. Ese mismo amor del que nace la paz, el que nos sostuvo cuando todo parecía perdido y que hoy nos une y nos guía hacia la libertad. A ellos pertenece este honor. A ellos pertenece este día. A ellos pertenece el futuro. Seguimos de la mano de Dios.

Gracias.

© The Nobel Foundation, Estocolmo, 2025.

En la página siguiente, Ana Corina Sosa Machado, hija de la líder opositora premiada, pronuncia en nombre de su madre este discurso en Oslo, ante los reyes y el gobierno de Noruega, el Comité Nobel de Noruega y el presidente electo de Venezuela Edmundo González Urrutia. La portada muestra a María Corina Machado durante la rueda de prensa ofrecida en Oslo junto al Primer Ministro noruego, el día siguiente a la ceremonia.





¿Quieres publicar tu libro?

El sello editorial de Fundalib, AVANCE, te ofrece la posibilidad de publicar tu libro, tanto en ensayo como en ficción, siempre que se encuadre en la misión de la Fundación y contribuya a la difusión y la promoción de la causa y los valores de la libertad individual en cualquiera de sus vertientes.

Nuestros autores reciben anualmente las regalías correspondientes, y nuestra producción responde a los más altos estándares de diseño y de calidad técnica. Puedes escanear el primer QR para visitar nuestra librería online y conocer los primeros títulos que hemos publicado desde el inicio de la actividad editorial en mayo de 2025.

Mediante el segundo QR podrás subir tu manuscrito para que lo evaluemos sin ningún compromiso y determinemos así la idoneidad para su publicación en una de nuestras colecciones.

CONOCE LA
EDITORIAL



ENVÍANOS TU
MANUSCRITO

